

Lectura literaria y subjetivación

*Juan Carlos Cruz Cervantes**

Resumen

El presente artículo tiene como propósito pensar las experiencias de subjetivación a partir de la lectura literaria. Se inicia con un breve recorrido por las transformaciones en los modos de lectura en el mundo occidental, se continúa señalando los cambios en la forma de acceso al libro y sus consecuencias para la práctica de la lectura. Posteriormente se describe la cualidad de lo poético como núcleo de lo literario. Se sigue con una reflexión sobre la lectura literaria en el mundo contemporáneo para cerrar con algunos comentarios sobre las posibilidades de subjetivación surgidos del modo de lectura moderno y posmoderno.

Palabras clave: literario, poético, lectura, subjetivación, posmodernidad.

Abstract

The purpose of this paper is to think about the experiences of subjectivation from literary reading. It begins with a brief tour of the transformations in the ways of reading in the western world, it continues pointing out the changes in the way of accessing the book and their consequences for the practice of reading. Subsequently, the quality of the poetic as the nucleus of the literary is described. It continues with a reflection on literary

* Estudiante de la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [cruz.cervantes.juan.carlos@gmail.com] / ORCID: [https://orcid.org/0000-0002-6069-6033].

reading in the contemporary world to close with some comments on the possibilities of subjectivation arising from the mode of modern and post-modern reading.

Keywords: literary, poetic, reading, subjectivation, postmodernity.

En el presente artículo el propósito es pensar las experiencias de subjetivación a partir de la lectura literaria. Para ello se realiza un breve recorrido por las transformaciones en los modos de lectura en el mundo occidental, señalando los cambios en la forma de acceso al libro y sus consecuencias para la práctica de la lectura. También se describe la cualidad de lo poético como núcleo de lo literario y se ofrece una reflexión sobre la lectura literaria en el mundo contemporáneo. Para cerrar, se anotan algunos comentarios sobre las posibilidades de subjetivación surgidos del modo de lectura moderno y posmoderno.

Hernández-Guerrero (1995) realiza un recorrido por la conformación moderna del término literatura. Señala que no es sino a partir del año 1800 que la palabra adquiere el sentido moderno que conocemos, pues en siglos previos “literatura” designaba el conjunto de obras escritas. Es durante el siglo XIX cuando se emprende la tarea de establecer su especificidad, pues hasta ese momento la literatura abarcaba indistintamente obras de poesía, historia, oratoria y filosofía. Sin embargo, advierte contra algunos discursos posmodernos que pretenden reducir la literatura a un producto de la convención social, argumento que, según el autor, negaría la necesidad de los estudios literarios, ya que, desde ese punto de vista, la literatura quedaría agotada en los estudios históricos que de ella se hicieran.

En el presente artículo coincidimos en los puntos arriba señalados y consideramos que la literatura tiene ciertas cualidades que, si bien exigen un esfuerzo para su elucidación, no dejan de servir como criterios que evitan confundirla con el manual de usuario del poema, el panfleto militante de la novela, el protocolo de investigación del cuento, aun cuando en algunos casos puedan darse ciertas confluencias o ciertos textos que entretejan diversas formas de escritura.

Entendido así, lo literario consistiría en un fenómeno presente a lo largo de la historia que estaría relacionado con el énfasis dado a la forma por sobre la regla, esa antigua distinción referida por Hernández-Guerrero (1995) entre gramática y retórica, es decir, el acercamiento a la literatura propiamente dicha transitaría necesariamente por la estética. El núcleo de lo literario, en sus diversas formas de expresión (poesía y narración), sería manifestación de la función poética del lenguaje, punto que será abordado con mayor detalle más adelante.

La transformación de los modos de lectura

La lectura es una práctica socio-histórica y por tanto vinculada a otros contemporáneos cuya posición sincrónica sostiene dicha práctica. También es vinculación con las generaciones del pasado cuyo trabajo posibilitó las condiciones que transmitieron como herencia los saberes para la ejecución de un modo de leer con las especificidades particulares de ese tiempo y lugar. Esto implica pensar la lectura como una práctica necesariamente social que, aun con las cualidades distintivas que asuma en cada sujeto, es sostenida por la red de vínculos sociales de éste.

En la modernidad se fue construyendo un tipo de sujeto cada vez más singular y autónomo. Autores como Kahler (2013), Elias (1991), Dufour (2002) o Lipovetsky (2002a, 2002b) exploran dicho proceso que deriva en prácticas cada vez más individuales. Tal es el caso de la lectura que, como muestra el texto de Grafton (1998), se diversificó durante el Renacimiento, separándose poco a poco de la forma de lectura medieval, caracterizada por su apego al dogma, cuyo cumplimiento se facilitaba por la estructura misma de los libros, llenos de comentarios de los sabios que indicaban “la forma correcta” de realizar la lectura.

La antigüedad tenía sus propias formas de aproximación al relato: el ritual religioso, el teatro clásico, la tradición oral. Tales experiencias se caracterizaban por su carácter público, compartido. En el

mundo griego, la lectura era necesariamente en voz alta (Svenbro, 1998), lo que implica que la práctica de leer era indisociable de la de escuchar. Poco a poco surge una forma nueva de leer, una lectura silenciosa (Parkes, 1998), y con ello se establecen las bases para una experiencia de lectura (de interpretación de lo leído) más íntima, más personal, más autónoma.

Posteriormente, ya en la modernidad, caracterizada por el proceso paulatino de secularización, por la separación de ciertos ámbitos de la vida de la fe religiosa (Kahler, 2013), la lectura personal empieza a adquirir un nuevo estatus. Las traducciones de la Biblia emprendidas durante la Reforma protestante —entre ellas la de Lutero es la más famosa— son expresión de este proceso de transformación (Gilmont, 1998). A partir de ese momento, diversas interpretaciones del texto bíblico —antes limitadas por la autoridad de los sabios— proliferan dando paso al segundo gran cisma de la Iglesia católica y los diversos grupos protestantes. Se difumina la palabra de quien explica *cómo debe leerse* el texto. La lectura ya no será mediada por la institución religiosa, sino que a través de la lectura se establece una relación más íntima (personal) entre el ser humano y dios (Sloterdijk, 2020).

El arte en general y la literatura en particular, en sus temas y sus formas de expresión, participan de este nuevo imaginario de individualidad. Se va transitando de los grandes relatos religiosos, los mitos clásicos, las hazañas de grandes personalidades, a la invasión de lo cotidiano, lo íntimo o lo personal; de los grandes acontecimientos a las experiencias psicológicas. Hay un enorme salto entre *El paraíso perdido* de Milton a *Orgullo y prejuicio* de Austen; de *Los viajes de Gulliver* de Swift al *Eterno marido* de Dostoievski; de la narración de los hechos, desde la posición omnisapiente del autor, a los diarios y las epístolas como artificio para exponer puntos personales de vista.

Del lado del lector, se pasa de la lectura edificante a la lectura por placer, y, si bien ambas persisten como formas de lectura moderna, se considera fundamental la participación activa de quien lee para pensar sus propias ideas o disfrutar personalmente el texto leído (Grafton, 1998). Como plantea Lipovetsky (2002a), ese proceso de

personalización característico de la modernidad alcanza su extremo en la posmodernidad, empezando con el movimiento modernista y las vanguardias en arte (cuyo alcance, en ese momento, apenas implicaba a un pequeño grupo élite de artistas y escritores), que después se extendería a la sociedad de masas. La extrema exaltación de la persona, de su individualidad y su autonomía implicó una transformación de las prácticas de lectura en la modernidad que ya estaban marcadas por la exigencia de dar un propio punto de vista. Pero la opinión que el lector debía construir, si bien suya, estaría enmarcada por la razón que necesariamente debería ser universal y alcanzable por toda persona.

Con el modernismo y las vanguardias, el espectador del arte (y el lector) se involucran de manera activa en el proceso artístico, cerrando el ciclo iniciado con el artista, el de una “obra inacabada”, ambigua, polisémica, que admite tantas interpretaciones (lecturas) como espectadores (lectores) participen (Eco, 1979; Lipovetsky, 2002a). La lectura posmoderna asume entonces otras características. No se trata ya de decodificar un sentido unívoco establecido por el autor, sino de producir nuevas lecturas. El extremo de este modo posmoderno de leer, estaría expresado en la deconstrucción derridiana que “usa el texto” como medio para pensar, renunciado a cualquier intento de comprensión de las posibilidades de lectura contenidas efectivamente en el texto (Eco, 1992).

Por lo tanto, la lectura no es una práctica uniforme a lo largo de la historia de las sociedades con escritura, ni siquiera lo es en la historia de la sociedad occidental. Leer ha significado cosas distintas y vale la pena pensar el lugar que ocupa actualmente en la vida contemporánea. Se ha pasado de la palabra que indica *la lectura correcta* a la promoción de *la propia lectura* característica de la modernidad, teniendo como horizonte la razón universal, para llegar, finalmente, a *la lectura personal hiperbolizada* –en el sentido de la personalización de Lipovetsky (2002a)–. Las diversas modalidades de presentación de una historia posibilitan experiencias igualmente diversas, entonces, ¿cuál es la experiencia que la lectura literaria posibilita en su forma presente?

La época actual es la época de la proliferación de medios para la transmisión de las narrativas. La literatura, que durante siglos tuvo la hegemonía del relato en Occidente, se ha vuelto una más entre las formas de contar historias: películas y series televisivas difundidas por diversas plataformas, cómics, podcasts, videojuegos. En ese universo de medios de narración sería importante plantear las especificidades de la literatura como forma de contar historias. Si bien gracias al impulso del libro, dado por la invención de la imprenta, éste fue durante siglos la forma privilegiada de la presentación del relato, es importante explorar lo que se perdió cuando la literatura se volvió marginal y lo que puede ofrecer aún a las personas de este tiempo.

Sartori (2012) describe el paso de una cultura basada en la escritura y la lectura (a través de periódicos, revistas o libros) a una cultura de la imagen, su *Homo videns*, el ser humano que ve. Este nuevo sujeto se relacionaría con lo visual antes del dominio de la escritura. La lectura de Sartori sobre esta transición resulta más bien pesimista. En el presente artículo no se comparte completamente la valoración crítica que hace de una cultura audiovisual, lo que interesa aquí es más bien la pregunta sobre la transformación de la relación con los relatos a partir de dicho cambio: ¿qué se ganó y qué se perdió cuando la lectura —y, para los fines de este artículo, la lectura literaria— se volvió cada vez menos dominante como forma de aproximación a las narraciones?, ¿cómo cambia dicha experiencia si se ve en una serie televisiva, una película, un videojuego, o un texto escrito?

Las vías de acceso a la lectura

Además de las transformaciones sufridas por los modos de lectura, se debe considerar la transformación de los medios de acceso a los textos. Así como Grafton (1998) describe la sustitución de los antiguos folios medievales por nuevos libros, de menor tamaño y formalidad, sin comentarios doctos interponiéndose entre quien escribía y quien leía, también se han dado otras tantas transformaciones en

la forma del libro, con la revolución de la imprenta, el surgimiento de la fotografía que acompañaba a los textos, las novelas publicadas por capítulos en periódicos (Dumas o Dostoievski representan ese modo de producir textos literarios), la literatura *pulp*, hasta las actuales formas de acceso a los textos, medios personalizados –otra vez, en el sentido de Lipovetsky (2002a)– a través de dispositivos móviles y lectores electrónicos que inundan el mercado.

Los espacios mismos para la lectura sufren transformaciones: de las bibliotecas monacales en donde los libros permanecían encadenados a las salas renacentistas iluminadas por amplias ventanas donde los textos podían ser más fácilmente manipulados (Grafton, 1998); de las bibliotecas privadas accesibles sólo a pequeños sectores privilegiados a las bibliotecas públicas que constituían un intento de democratización del saber. Actualmente se ha ido mucho más lejos con las bibliotecas personalizadas conformadas por cientos, miles o cientos de miles de libros a los que se tiene acceso a través de los nuevos dispositivos tecnológicos de lectura.

El núcleo de lo literario: lo poético

Aún es común considerar el lenguaje en su función meramente instrumental. Para ciertos fines muy específicos tal acercamiento resulta, sin duda, conveniente. En un sentido más amplio se podría decir que en ocasiones el lenguaje es instrumento para el ser humano, pero en otras el ser humano es instrumento del lenguaje. Se piensa aquí el término *instrumento* como aquello mediante lo cual se alcanzan otros fines. Benveniste (1971) reflexiona en torno a este punto cuando analiza la comparación que se hace del lenguaje con una herramienta. Dicha analogía tiene un límite, pues si bien es posible imaginar el momento de la invención de un instrumento, es decir, el hecho de que ante cierta dificultad un individuo concreto ideara y materializara un objeto que resolviera dicho problema, no es, en cambio, posible pensar al ser humano previo al uso del lenguaje. No es que sea imposible imaginar al ser humano sin lenguaje (como po-

dría ser el caso de visualizar al ser humano sin hachas, sin libros o sin dispositivos móviles), es más bien que el lenguaje es inherente a la humanidad. No constituye una creación del ser humano, sino que, al contrario, lo precede y le constituye. A partir del lenguaje se habilita una posibilidad de ser en el mundo: el lenguaje, la casa del ser (Heidegger, 2004).

Maud Mannoni (2005) hacía una crítica a la visión sistémica del lenguaje por considerarla limitada a la mera transmisión de información. Para ciertos análisis esa mirada resulta suficiente. Para otros el lenguaje no puede ser reducido a un medio de transmisión de información. Mucho de la experiencia con la palabra quedaría fuera de esta perspectiva. Pensar lo literario, en general, y lo poético, de manera específica, escaparía a la lógica de la transmisión de información. La autora recurría a ejemplos en el uso del lenguaje que consistían en la expresión de estados subjetivos (que en sí mismos serían incomunicables como por ejemplo la expresión “¡Diablos!”), pero que, más que transmitir información, consistirían en una forma de manifestación de la posición del sujeto ante su experiencia.

Sin embargo, aun dichos ejemplos corresponderían al lenguaje en su uso cotidiano. Lo literario no podría quedar enmarcado en el día a día, ni en la función comunicativa o expresiva. Al inicio se hacía aquí referencia a las dificultades para la definición de lo literario, pero se insistía en que una clave para su comprensión se encontraría en la aproximación estética al lenguaje, al énfasis dado a la forma por sobre la regla. Habría muchas formas de decir algo, pero sólo algunas de ellas destacarían por su forma. En este presente trabajo se considera a lo poético como núcleo de lo literario. Esta cualidad se encuentra presente en el lenguaje, pero ciertas expresiones tendrían las condiciones para manifestar una presencia más intensa. Lo poético se caracteriza porque se constituye en un fin en sí mismo. Lo poético constituye a lo literario expresado en narración (novelas, cuentos, dramas) o en imagen (poesía). En la narración las imágenes se desenvuelven como acontecimientos en el tiempo, mientras que en la poesía la imagen fija construida con palabras se constituye en espacio de ensueño (Bachelard, 1965, 1982, 2015).

Lo poético es origen de nuevas significaciones, nuevos sentidos. Se trata del texto que permaneciendo fijo genera movimiento por su interpretación. Se actualiza y se transforma por el acto de la lectura. Tal característica es propia de lo poético que no se expresa en todo acto enunciativo (oral o escrito). De lo contrario, se podría utilizar cualquier texto y tener más o menos los mismos resultados: instructivo, código jurídico, anuncio de venta de bienes inmobiliarios, diccionario, etcétera. Algunos casos particulares podrían alcanzar ciertas cualidades poéticas, pero no se trataría de la generalidad. En esos tipos de textos lo importante es la transmisión de información con fines pragmáticos, pero lo poético escapa a esos fines. Lo utilitario está inserto en los requerimientos de lo cotidiano presente o futuro, en lo esperado o deseado, mientras que lo poético es la creación de novedad, más cercano al ser que al hacer, al hacerse que al funcionar; lo poético como juego, como liberación de reglas o como creación de otras nuevas.

Piénsese en las reflexiones de Octavio Paz (2005), quien describía ese fenómeno de glosolalia, ese hablar en lenguas, experiencia en la que se encuentran el éxtasis religioso y el poético, en la que el sentido, la comunicación de información es sustituida por la voz como mera forma sin significación, pero por ello es, también, receptáculo de todo sentido posible. La voz que, como la música para Schopenhauer, es expresión de la voluntad en movimiento, en donde los conceptos más bien empobrecerían lo musical.

Lo poético también podría ser concebido como exploración, búsqueda de nuevos caminos, internamiento en lo desconocido. La búsqueda de otras interpretaciones o el encuentro súbito con ellas, la lectura y escritura libre que lleva a la novedad y el descubrimiento, la creación como auto-creación. Si lo propiamente humano se expresa como palabras, las nuevas configuraciones y los ordenamientos de las propias palabras son reconfiguración o recreación de sí mismo. La exploración descubre o inventa nuevas imágenes. Lo poético consistiría en la imagen fija que genera movimiento a través de la interpretación. Bachelard (1965, 1982, 2015) explora esa experiencia fenomenológica de ponerse en movimiento a partir de la

contemplación de la imagen poética, imagen de ensueño en la que el ser se recrea.

Lo poético como mito que en su repetición sostiene y recrea al ser que es devenir, lo poético estaría más cerca de las antiguas religiones que de la narrativa moderna, novelística. A diferencia de los personajes contemporáneos cuyo destino es la dispersión y la muerte, la imagen poética, como el mito, sería más bien arquetípica. Borges (1985) reflexiona en torno a los textos clásicos, aquellos que se leen en distintos lugares y tiempos por distintas personas y que siguen diciendo algo nuevo.

Lo poético es también experiencia de lo inefable, lo místico, posibilita la apertura ante la alteridad. Nuevamente se insiste en que tal cualidad no se encuentra en cualquier texto, sino sólo en algunos de ellos. Lo literario tendrá por cualidad lo poético, es decir, el consistir en imágenes fijas que construyen mitos modernos productores de nuevos sentidos. Son textos creadores como la imagen construida por la novela de Cervantes, don Quijote, que ofrece un modelo para otras variantes del héroe moderno.

Lo poético explora las fronteras del ser donde se perciben los límites y su disolución. Ahí, en los intersticios de las palabras y las imágenes, de las imágenes construidas con palabras que es lo poético, está lo aún no alcanzado, la totalidad inagotable que sostiene lo que existe y que desborda a través de las palabras otorgándoles nuevos sentidos. Lo no alcanzado, el vacío en el que habita el deseo posible. Lo poético podría ser considerado como expresión de las máquinas deseantes (Deleuze y Guattari, 2004), no sólo como expresión de deseo sino como invención de otros deseos. La imagen poética persiste en la historia, insiste en aparecer, resiste al olvido, pero también produce algo nuevo, es repetición y novedad a la par.

Lo poético como contemplación también es extrañamiento de lo cotidiano. De Baudelaire, por ejemplo, se decía que “sus imágenes son originales por la bajeza de los objetos de comparación. Baudelaire se concentra en el suceso banal para acercarlo al poético” (Benjamin, 2012: 137). Como en su poema sobre una carroña, los objetos del mundo, sean cuales sean, adquieren una cualidad distinta desde

el momento en que la poesía los toma como temas. También para Bachelard (1965), los objetos y lugares cotidianos (el sótano, el desván, los cajones, el nido, el caracol) asumen una dimensión profunda a través de lo poético. Lo poético también permite el extrañamiento de sí, alejamiento de los requerimientos de lo cotidiano que es repetición incesante e impensada, para producir otras repeticiones caracterizadas por la novedad gozosa. Placer por mirar las cosas del mundo con ojos nuevos. Mudar de mundo a uno distinto. Lo poético es apertura a infinitud de nuevos mundos. Lo poético es forma que se transforma o que lleva a lo informe o deforme ante cuya presencia el ser se conforma y reforma.

La riqueza de lo poético va más allá de la racionalidad comúnmente reconocida. Pensamiento que abstrae y empobrece la riqueza de determinaciones del mundo para concentrarse en unos cuantos principios generales. Escribe Zambrano que “pensamiento y poesía se enfrentan con toda gravedad a lo largo de nuestra cultura. Cada una de ellas quiere para sí eternamente el alma donde anida” (1996: 13). El mundo ordenado, matemático, pobre en atributos, se enfrenta al mundo infinito en determinaciones, accesible sólo a través de lo poético. Escribe María Zambrano:

asombro y disperso es el corazón del poeta – “mi corazón latía, atónito y disperso” – no cabe duda de que este primer momento de asombro se prolonga mucho en el poeta, pero no nos engañemos creyendo que es su estado permanente del que no puede salir. No, la poesía tiene también su vuelo; tiene también su unidad, su trasmundo (1996: 21).

Asombro que es apertura para mirar con otros ojos el mundo, para habitarlo de otras formas, para ser desde otro lugar. En esa persecución de la alteridad que es la fuerza de lo poético se busca encontrar ese mundo y al hacerlo el lenguaje despliega otros tantos mundos como queda ilustrado en el poema borgiano “El otro tigre”, que finaliza con la confesión de ese impulso a una aventura absurda y sin fin de captar con la imaginación y la palabra lo que está más allá de ellas. En la búsqueda de ese otro tigre, multiplicidad de tigres

son creados. Lo poético como cualidad permite un acercamiento a la esencia creadora de la humanidad.

La lectura literaria en el mundo contemporáneo

Como ya se mencionó, la literatura ha pasado de ser la forma hegemónica de la narrativa a convertirse en una más entre muchas formas de expresión del relato. Las otras formas de narratividad tienen a su favor el que su acercamiento exige menos esfuerzo, lo que lo torna más disfrutable. En contraste, la lectura literaria exige mayores trabajos de parte de quien lee.

A diferencia de otras formas de relato en las que las imágenes, los personajes y acontecimientos han sido decididos de antemano y al espectador corresponde contemplar lo ya dado; la literatura, aun en los casos de textos en extremo descriptivos, deja mucho del proceso de construcción del lado de quien realiza la lectura. Este mayor involucramiento implica una mayor participación de la capacidad creativa del ser humano.

La literatura moderna o posmoderna, análogamente a la descripción del desarrollo de la moda en Occidente hecha por Lipovetsky (2002b), empieza a centrar su atención en los detalles de los cuales algunos momentos cumbre son novelas como *Ulises* de Joyce, *En busca del tiempo perdido* de Proust o *El tambor de hojalata* de Grass. Novelas densas en descripciones, ricas en metáforas, con complejas construcciones de personajes y escenarios, tales cualidades pueden ver favorecida la capacidad crítica de los seres humanos. En este sentido, aquí se concuerda con Lipovetsky cuando señala que, si bien el proceso de individuación del sujeto posmoderno ha traído nuevas problemáticas a resolver, también ha creado condiciones para el desarrollo de ciertas potencialidades. Se trata de un modo de relación con el mundo que promueve tanto vicios como virtudes de la humanidad. Esto es importante también en otro sentido: es ya lugar común la posición que considera a la literatura (y a las artes en general) como fuente de virtud, como una vía para la transformación de los

seres humanos, pero la literatura no es fuente de virtud, no es una vía de edificación moral ni de acceso a la felicidad. Abundan los ejemplos de personas cultísimas que han cometido atrocidades a lo largo de la historia o que han sido desdichadas hasta el final de sus días (Argüelles, 2003; Steiner, 2020). No se trata de idealizar la práctica de la lectura literaria, sino de explorar lo que produce.

Experiencia literaria y procesos de subjetivación

La subjetivación tendría dos acepciones: una restrictiva cercana a las reflexiones de estructuralistas como Foucault y Butler, en las que el sujeto es al mismo tiempo conformado y sometido por el poder; y otra relacionada con la apertura del ser humano, su inacabamiento y constante proceso de (auto)construcción, de la que es posible encontrar interesantes reflexiones en la ontología de la creación de Castoriadis (1997b) o en la antropología de la imaginación de Gilbert Durand (Plascencia-Martínez, 2016). La subjetivación oscilaría entre dos polos en tensión: los límites y las posibilidades del sujeto. Sin embargo, es sobre todo esa segunda acepción la que permite pensar la experiencia literaria como productora de nuevos sentidos y transformadora del sujeto, porque la lectura literaria como proceso interpretativo implica un desbordamiento de lo ya dicho y pensado, producción (pero no en el sentido capitalista), creación de algo nuevo, fenómeno propio de la imaginación social, término de Castoriadis (1997a), central en las presentes reflexiones. La historia de la humanidad es creación ontológica, invención de nuevas posibilidades de ser a partir de la imaginación radical que es individual y social a la vez (Castoriadis, 1997b). La subjetivación es la expresión individual de esta ontología de la creación: el ser humano crea y se recrea incesantemente.

Es importante insistir en que el término transformación al que se hace referencia no debe ser entendido en su connotación de “cambio positivo”, “mejora” o “evolución”, sentidos que llegan a atribuírsele en los discursos cotidianos. Se trata simplemente del proceso de

devenir sujeto que en ocasiones implica reestructuraciones en distintos grados, pero también fortalecimiento de ciertas estructuras ya existentes. En este sentido, hay transformación del ser humano tanto si sus inclinaciones se modifican como si se fortalecen.

Dado que el ser humano es siempre proyecto inacabado (Gron-din, 2019), su ser se pone constantemente en juego para transformarse o autoafirmarse fortaleciendo la imagen de sí. El texto literario como obra abierta, inacabada, se pone en relación con la apertura esencial de quien lee. Se pone en juego la subjetividad del sujeto al darse una forma de diálogo con el texto. Decía Gadamer (2003) que en una conversación ninguno de los participantes tiene el control de lo que será dicho, pensado o experimentado. La experiencia de lectura lleva al surgimiento de lo inesperado en donde la capacidad creativa del lector permite que eso suceda. Los textos están muertos hasta que la lectura les inyecta nueva vida, y esa fuerza vital proviene del lector. Por ello, el mismo texto al ser leído en distintos momentos de la vida de la persona produce cosas nuevas, el sujeto ha devenido otro y continúa haciéndolo en el acto de lectura.

La lectura contemporánea, moderna o posmoderna, demanda una respuesta de interpretación, la realización de “una lectura propia”. Desde esa personal interpretación emerge la singularidad del ser, la especificidad de su propio punto de vista. Estas formas de lecturas esperadas en la actualidad son distintas a las lecturas de otros tiempos y de otros textos. La lectura antigua sería lectura de repetición, de aceptación de la verdad revelada por lo escrito y de obediencia a ésta.

En la lectura literaria contemporánea se da un compromiso. Se trata de una praxis que permite el involucramiento y la participación en el campo de la imaginación, el pensamiento, la representación, el sentido, la sorpresa, la interrogación, la duda, el arrojio, la conjetura, el juego, el placer y el goce. Dicha cualidad o posibilidad es mayor por ser el lenguaje, la palabra, la forma fundamental de relación humana con el universo simbólico (Cassirer, 1974). Entre menos determinaciones y más ambigüedad o polisemia, entre más apertura para ser interpretada (cualidad muchas veces intencional de la literatura

posmoderna), mayor posibilidad de generar una experiencia de lectura que conecte al sujeto con su capacidad creativa.

El texto se constituye en un otro, con una voz que atraviesa al sujeto, se adentra en su ser y le hace repetir palabras ajenas que en ese proceso se tornan propias. Relaciones, intentos, juegos, apuestas, asociaciones, oposiciones, es decir, el proceso relacional, hace de la lectura literaria una posibilidad de vínculo con el otro, de encuentro con la alteridad, y tal proceso dispara procesos básicos de conformación del sujeto (Kaës, 1995), volviéndose fundamento o posibilidad de subjetivación, de recreación de sí mismo.

Referencias

- Argüelles, Juan Domingo (2003), *¿Qué leen los que no leen?: el poder inmaterial de la lectura, la tradición literaria y el placer de leer*, Paidós, México.
- Bachelard, Gaston (1965), *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bachelard, Gaston (1982), *La poética de la ensoñación*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bachelard, Gaston (2015), *La llama de una vela*, Dédalus, Buenos Aires.
- Benjamin, Walter (2012), *El París de Baudelaire*, Eterna Cadencia, Buenos Aires.
- Benveniste, Émile (1971), *Problemas de lingüística general*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Borges, Jorge Luis (1985), *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires.
- Cassirer, Ernst (1974), *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Castoriadis, Cornelius (1997a), *El avance de la insignificancia*, Eudeba, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius (1997b), *Ontología de la creación*, Ensayo y Error, Bogotá.

- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (2004), *El Anti Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Paidós, México.
- Dufour, Dany Robert (2002), *Locura y democracia. Ensayo sobre la forma unaria*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Eco, Umberto (1979), *Obra abierta*, Ariel, Barcelona.
- Eco, Umberto (1992), *Los límites de la interpretación*, Lumen, Barcelona.
- Elias, Norbert (1991), *Mozart. Sociología de un genio*, Península, España.
- Gadamer, Hans-Georg (2003), *Verdad y método 1*, Ediciones Sígueme, Salamanca.
- Gilmont, Jean-François (1998), “Reformas protestantes y lectura”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid.
- Grafton, Anthony (1998), “El lector humanista”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid.
- Grondin, Jean (2019), *Paul Ricoeur*, Herder, Barcelona.
- Heidegger, Martin (2004), *¿Para qué poetas?*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Hernández-Guerrero, José Antonio (1995), “La noción de literatura”, en José Antonio Hernández-Guerrero (ed.), *Nociones de literatura*, Servicio de publicaciones-Universidad de Cádiz, 9, Cádiz.
- Kaës, René (1995), *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Kahler, Erich (2013), *Historia universal del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Lipovetsky, Gilles (2002a), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo posmoderno*, Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2002b), *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Anagrama, Barcelona.
- Mannoni, Maud (2005), *La educación imposible*, Siglo XXI Editores, México.
- Parkes, Malcolm (1998), “La Alta Edad Media”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid.

- Paz, Octavio (2005), “Lectura y contemplación”, en *Excursiones / IncurSIONES. Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 35-64.
- Plascencia-Martínez, Fernando (2016), *La función simbólica en la interpretación del mundo. Una introducción para zombis*, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes.
- Sartori, Giovanni (2012), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid.
- Sloterdijk, Peter (2020), *La herencia del dios perdido*, Siruela, Madrid.
- Steiner, George (2020), *Lenguaje y silencio: ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Gedisa, Barcelona.
- Svenbro, Jesper (1998), “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid.
- Zambrano, María (1996), *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México.

Fecha de recepción: 15/03/23
Fecha de aceptación: 21/08/23